

REPORTAJE

Según Rafael Muñoz, sesenta años como alfarero

La cerámica artesanal necesita una mayor protección oficial

- Para estos artesanos es más fácil ganar dinero cuando venden sus obras fuera de España

Rafael Muñoz Chaves, uno de los últimos alfareros ceramistas de Sevilla, se jubila de la Escuela de Artes y Oficios, donde ha estado impartiendo clases desde hace veinte años. Trabajó en la obra de la Plaza de España y en la decoración del Alcázar sevillano, entre otras creaciones. A los setenta años de edad continúa la labor aprendida en las fábricas de cerámica de Triana, es el último eslabón del clasicismo sevillano.

Rafael Muñoz nació hace setenta años en Triana y allí comenzó a ejercer cuando sólo contaba diez años de edad. De padre ceramista, Rafael Muñoz es alfarero de forma casi innata. Muy joven empezó a asistir a la Escuela de Artes y Oficios, donde tuvo de profesor a José Recio; aprendió a pintar y a decorar sus propios trabajos, también se aficionó a la pintura de óleo y de acuarela, así como a la escultura. «La escuela es fundamental para aprender», afirma. Hizo prácticas en todas las fábricas de cerámica que había en Triana, «que eso es lo que enseña, estar viendo y practicando». Trabajó para Ramos Lezano, para Mensaque Rodríguez y para Cerámicas Santa Ana. «Era frecuente entonces que los turistas extranjeros que me veían trabajar me compraran la pieza que estaba haciendo antes de terminarla.»

Durante catorce años dirigió una fábrica de cerámica de su propiedad, pero dos riadas que inundaron las naves le obligaron a cerrar. Lo llamó la Escuela de Artes y Oficios y como siempre le gustó dar clases allí ha estado desde hace veinte años. Pero la escuela pierde este mes de febrero a un gran maestro de la alfarería y la cerámica, ya que el señor Muñoz se jubila.

PURA ARTESANIA.—Todo su trabajo es manual, pura artesanía. El maestro amasa el barro, lo tornea por piezas si el cacharro es grande, lo cuece, lo baña en blanco, lo vuelve a cocer, y lo decora con bellísimas pinturas clásicas sevillanas. Trabaja la alfarería (que es el modelado del barro) y la cerámica (que es su decoración) dentro del más puro estilo sevillano, del clasicismo del barro de la Vega de Triana, que nos remonta al apogeo de las fábricas de cerámicas del otro lado del Guadalquivir, eran los años anteriores a la Exposición Iberoamericana de 1929. Al maestro le cuesta despegarse del estilo heredado de los grandes artistas sevillanos, «a mí de cosas modernas... no es que no las sepa hacer, pero no me gustan», manifiesta convencido. «Para mí lo realmente difícil es coger un lápiz o un pincel y dibujar, para eso hay que aprender y tener una técnica.»

TINAJAS PARA CARMEN POLO.—Entre sus grandes obras están los remates de cerámica de las torres de la plaza de España y una serie de tinajas de bellota para el Alcázar de Sevilla. Estas tinajas se vio obligado a repetirlas, ya que Carmen Polo de Franco se enamoró de ellas y se las llevó. Otro de sus grandes trabajos es un mural que reproduce la Sevilla del siglo XVI; se encuentra en el número 7 de la calle Joaquín Guichot, en casa de Jaime García Ramos. Tiene en-

cargos de la Junta de Andalucía y de la fábrica Mensaque Rodríguez.

Rafael Muñoz nos cuenta que todos los azulejos del metro de Buenos Aires son de Sevilla y que la decoración del teatro María Guerrero de la misma ciudad también corrió a cargo de la cerámica sevillana. «Es más factible que un artesano gane dinero con la cerámica manual fuera de España, ya que allí todo está mecanizado y se valora más», señala el maestro. «A pesar de que después de la Exposición Iberoamericana se cerraron muchas fábricas de cerámica en Sevilla, aún quedan muchos artesanos. De la escuela han salido y salen muchos artistas que montan sus pequeños talleres. Pero la verdad es que Sevilla y toda Andalucía sería una gran fuente de ingresos si se fomentara su artesanía.»

La tecnología ha desbancado el trabajo artesanal. De todos son sabidos los motivos: mano de obra más barata y rápida. El ceramista y todo artesano que se precie necesita tiempo y materias primas, que, a la larga, resultan caras. Las fábricas lo abarcan todo y encarecen el material. Para que el artista manual subsista en esta sociedad tecnificada tiene «que ser una persona muy capacitada», según palabras de Rafael Muñoz. «A un artesano le cuesta hoy mucho salir adelante porque las máquinas han sustituido a las manos del hombre.»

Ser ceramista resulta caro, ya que un horno pequeño puede llegar a costar un millón y medio de pesetas; además, hay que pagar un impuesto de industria, sin que, evidentemente, un taller de cerámica sea una industria. «Nos gustaría tener apoyo y protección de algún organismo oficial, si no la artesanía desaparecerá.»

«LA ONU DE SEVILLA».—A la Escuela de Artes y Oficios se la conoce como la ONU de Sevilla. «He dado clase a varios extranjeros, que han llevado mi obra fuera de España, muchos de ellos montan exposiciones». Rafael Muñoz tiene varios discípulos que continuarán su obra, uno de ellos es Emilio, que tiene su taller en Gelves; también un taller que hay en la calle Aguilas sigue el trabajo del maestro. «Con la cerámica se puede vivir holgadamente, siempre que se trabaje lo clásico y se sea un buen pintor», nos dice el maestro. «Pero hay que tener paciencia para aprender.» Según Rafael Muñoz, el gusto por la artesanía manual no se perderá nunca.

Este artista no dejará de trabajar en sus talleres cuando se jubile. «Si me retiro perdería lo que es toda mi vida.» Es uno de los últimos eslabones de la cerámica sevillana, y orgulloso dice: «Yo me tengo que morir con un pedazo de barro en las manos.»

María del Mar CORREA